



25 de febrero de 1877

## EL ESPÍRITU DE ORACION, ORIGEN DEL ESPÍRITU DE RENUNCIA

Queridas hijas:

Hemos hablado a menudo del espíritu de oración; pero es difícil no volver sobre ello durante la Cuaresma. Hoy quisiera daros a conocer el espíritu de oración como el origen del espíritu de renuncia.

Si tuviéramos la costumbre de buscar a Dios en todo, si nos elevásemos a menudo hacia Dios, entonces, al descender hacia las cosas de la tierra, se trataría de seguir su luz, su voluntad, su espíritu, su dirección, dejando de lado todo lo que nos es propio.

Me parece que, para llegar a esto, hay que procurar, en la oración, después de haber tomado el tema, después haberse puesto en presencia de Dios, de recogerse profundamente para retirarse en esa intimidad del alma donde Dios comunica su luz, donde la pobre criatura se manifiesta a Dios tal y como es, y donde Dios le da a conocer mucho más todavía lo que Él es. Entonces hay que entregarse, por un acto de generosidad, a lo que Jesucristo ha revelado en lo íntimo del alma.

No sé si me hago comprender. Quisiera encontrar palabras que os explicasen claramente mi pensamiento. Por ejemplo, la gran miseria de nuestra naturaleza es la delicadeza extrema de nuestro amor propio. Cuando se está con ese recogimiento ante Dios y se le expone toda su alma, se siente una gran confusión al verse tan vanidosa, tan orgullosa, tan sensible a todo lo que nos afecta, tan llena de una misma. En esta confusión una se deja conducir por nuestro Señor, que es absolutamente lo opuesto, a un cierto deseo del olvido de los hombres. Se acepta el ser contradicha, abatida, humillada, tenida en nada, humillada.

Cuando San Ignacio ha expuesto sus tres grados de humildad, como él los llama, indica primeramente que el primer grado es estar dispuesto a soportar los más grandes sufrimientos, las mayores humillaciones, antes que cometer un solo pecado mortal. Esta disposición es indispensable para la salvación.

En seguida pasa San Ignacio al segundo grado, que es someter la voluntad a una indiferencia respecto a las cosas que se presentan en esta vida, de manera que, no solamente no se conserve afecto alguno al pecado venial, sino que, si es la voluntad de Dios, uno no se sienta inclinado ni hacia la salud o la enfermedad, el honor o el desprecio, el sufrimiento o el consuelo.

Este segundo grado es ya muy perfecto. Sin embargo, San Ignacio propone un tercero, aún más elevado. Dice que el amor de nuestro Señor Jesucristo hace que en esta indiferencia se

tenga, no obstante, una elección, un gusto, un deseo, el de parecerse más a Jesucristo por la humillación y el sufrimiento. Se tiene una inclinación a escoger lo que, en este mundo, puede hacernos parecer más despreciables, más humillados, más rechazados, en una palabra, más semejantes a nuestro Señor en su Pasión.

¡Ved a qué grado de unión con Dios hay que haber llegado para hacer esta elección! Sólo nuestro Señor es quien puede cambiar de este modo nuestras inclinaciones y nuestros gustos. ¡Cómo la naturaleza humana nos inclina al otro lado! ¡Qué sensible es a todo lo que humilla, a todo cuanto degrada, a todo lo que hace sufrir, a todo cuanto destruye algo en ella! Esta inclinación de la naturaleza es contraria a la intimidad del alma con Dios. Por eso en la oración, después de haber escogido vuestro tema de meditación, procurad llegar a ese santuario íntimo donde nuestro Señor podrá comunicarnos sus inclinaciones.

Primeramente, nuestro Señor os introducirá al menos en el segundo grado del que habla San Ignacio, en ese estado en el que estaréis dispuestas a todas las voluntades de Dios, donde sólo la voluntad de Dios os inclinará hacia una cosa más que hacia la otra. He dicho que esto es ya un estado muy perfecto. Aplicadlo a vuestra vida. En todos los empleos no tengáis deseo ninguno, si no se os manda por la voluntad de Dios. Con todas las personas que tengáis que tratar, os sean agradables o desagradables, no tengáis más inclinación que la voluntad de Dios. Respecto a vuestra salud, sea buena o sea mala, no tengáis más inclinación que la voluntad de Dios. Respecto a vuestro estado interior, ya sea seco o con abundancia de consolaciones, no tengáis más inclinación que la voluntad de Dios.

Consideremos también éstas y otras pruebas que pueden encontrarse en nuestra vida religiosa. Os parece que todo el mundo os contradice, que sois incomprendidas. Tenéis intenciones excelentes, y han sido mal interpretadas... ¡No importa! No tenéis ninguna inclinación, que sea así o de otro modo, no queréis más que la voluntad de Dios. Lo mismo debe ser en las cosas que Dios permite: en vuestro trato con las niñas, en vuestros éxitos o en vuestros fracasos, en la opinión que se tiene de vosotras, en vuestra reputación. La reputación es una de las cosas que más vivamente se puede desear. Sin embargo, no es más que un poco de viento y se renuncia, a mi manera de ver, más fácilmente a ella que a los consuelos, en nuestra relación con Dios.

Pero en esto, como en todo lo demás, debemos decir: “Como Dios quiera, mi alma no se inclina ni de un lado ni del otro, sólo a la voluntad de Dios.” M. de Courcy nos recordaba estos días cómo nuestro Señor quiso reducirse a ese estado en el jardín de los Olivos. Era una oración muy dura, era una súplica muy dolorosa, acompañada de un sudor de sangre. Además, el tedio, el temor, la angustia; y cuál era el clamor de su alma: *¡Padre, si es posible que este cáliz se aleje de mí! Sin embargo, que no sea como yo quiero, sino como quieras Tu.*

Pues bien, queridas hijas, cuando tengáis que pasar alguna agonía, ahí tenéis el estado de abandono, en el que nuestro Señor Jesucristo quiere establecernos. San Ignacio encuentra, no obstante, que no está ahí el estado más perfecto. Para mí, diría con verdad que, por lo menos, ese estado debe ser el estado habitual de los religiosos y de las religiosas.

El estado de un alma que se aleja del pecado mortal es, en general, el estado de un cristiano. Así debe ser todo cristiano. Vosotras vivís en el estado religioso, en un estado de perfección. Una de las condiciones fundamentales de este estado es establecerse en este segundo grado de humildad que expone San Ignacio. Esto no puede venir más que de la acción de la oración en el alma, por la cual nuestro Señor introducirá sus luces y sus inclinaciones en el lugar de vuestras propias luces e inclinaciones. Para esto es indispensable entrar profundamente dentro de vosotras, para que el espíritu de oración sea la luz que atraiga al espíritu de renuncia.

Si los santos tenían de sí mismos una opinión tan ruin, si podían, en conciencia, llamarse los más grandes pecadores y los más culpables ante Dios, era porque poseían una gran luz espiritual. Cuando Santa Teresa se creía digna del infierno, cuando San Felipe de Neri se

llamaba un gran criminal, era el resplandor de la santísima Trinidad, el que iluminaba sus almas y les hacía ver el horror de las menores ofensas, frente a la divina Majestad.

Se compara, a veces, el alma con una habitación oscura. Si se encuentra polvo, no se ve. Apenas un rayo de sol penetra en esta estancia, inmediatamente los granos del polvo vienen a reflejarse en este rayo. Lo mismo ocurre con el polvo de los pecados veniales, de los atractivos, de las imperfecciones, no se ven mucho. Si un rayo de sol, o más bien, si la plena claridad divina, la luz de la santísima Trinidad penetra en el alma, comprenderéis qué vergüenza, qué confusión, qué humillación se siente de la menor falta. Me parece que es santa Catalina de Siena quien dice que el alma no puede mirarse sin experimentar un sentimiento profundo de vergüenza y de humillación.

Cada una de nosotras tendrá que detenerse ciertamente en el Purgatorio en el momento de pasar de este mundo al otro. Y, sin embargo, esta horrible basura que tendrá que ser purificada por el fuego, no la vemos mucho, no nos choca demasiado. No hablo de pecados mortales y de rastros que hayan podido dejar en nosotras, sino de ataduras que están en nuestra alma, de afecto a las imperfecciones, a las inclinaciones, que son distintas a las de nuestro Señor y no pueden entrar en el cielo.

La oración íntima, el espíritu de oración, hacen penetrar en el alma un rayo de sol, para que con la ayuda de este rayo de sol, veamos las manchas que están en nosotras y concibamos un verdadero odio hacía nosotras mismas, no como lo expone San Agustín, un odio que llegue hasta aniquilarnos, sino un odio que llegue a despreciarnos, a aborrecernos, un odio que nos lleve a humillarnos y a encontrar bien que los demás nos humillen.

En lugar de encolerizarse cuando los demás nos tocan hay que decirse: *Es un bien para mí ser afligido*<sup>1</sup>. “Esto es algo que me sitúa en el lugar que debo tener; lejos de excusarme, de hacerme valer y de defenderme, debo ahondar en este sentido y, por mis disposiciones interiores, dejar a este permiso exterior de Dios todo su valor y toda su acción para la purificación de mi alma”. Todo lo que hicieris vosotras mismas: las austeridades que os impongáis, los actos de humildad a los que os sometéis os servirán mucho menos para haceros avanzar que estas contradicciones que, a pesar vuestro, os vendrán del prójimo o de los acontecimientos. No será, a pesar vuestro, en el sentido de que os adheriréis, que lo desearéis, que pondréis toda vuestra voluntad en aceptarlo y encontrarlo bien. Pero sí será, a pesar vuestro, porque os llegará sin haberlo elegido, y si vosotras la hubierais elegido no hubiera sido de esta manera que os molesta y os parece desagradable.

Precisamente esto es un gran bien. Es esta humillación, esta mortificación, esta contrariedad, la que envía la divina Providencia de Dios para santificaros. El alma que en la oración ha dejado penetrar en ella la luz de Dios, ve que estas cosas le vienen de Dios. Ve la necesidad que tiene de ellas. Ve el desprecio que debe tener de sí misma en estas circunstancias y acepta estas pruebas.

Trabajemos para hacer que nuestra oración sea lo bastante íntima y recogida para que el espíritu de nuestro Señor pueda comunicarse al nuestro y nos haga salir del atractivo que tenemos a nosotras mismas y a nuestra propia estima.

Esta luz sobrenatural y divina no durará siempre. Podrá dársenos un instante, pero enseguida la luz natural vendrá a ocultarla. El trabajo de nuestra alma, durante esta Cuaresma, debe ser aumentar en nosotras la luz divina y disminuir la luz natural, que no es más que tinieblas y oscuridad. La única luz verdadera es la que brilla en el interior. No es la de las criaturas. Es la del Verbo Encarnado, que descendió del cielo para traernos otras lumbreras distintas de las que lucían en el mundo antes de su venida.

Los sabios, los filósofos, tenían sus propias luces. Pero bien podéis creer que no eran las luces de la humildad y de la santidad. Nuestra pobreza es que nos volvemos hacia la luz de la sabiduría pagana, en lugar de volvernos hacia la luz de la sabiduría cristiana, hacia la luz del Crucificado, hacia la luz que está en Dios.

No haréis muchas austeridades durante esta Cuaresma, pero realizad este trabajo para estableceros en el desprecio y en el abajamiento. Procurad alcanzar, por lo menos, el segundo grado de humildad. Creo que esto reemplazará ventajosamente para vuestra alma las abstinencias que vuestra salud no os permite hacer. Vuestra salud espiritual será muy hermosa en el momento de las fiestas de Pascua si os encontráis establecidas en el segundo grado de humildad, esperando el tercero.

<sup>1</sup>Sal. 118,71